

Llega el ayo con los dos niños.

Ayo.—Señora, quedan libres del destierro tus hijos, y la regia novia ha recibido tus dones en sus propias manos. La paz vino para tus hijos.

Ah, ¿y qué te abrumba ahora de tristeza, cuando la buena fortuna te sonríe al fin? ¿Por qué vuelves la cara y no quieres escucharme?

Med.—¡Ay, ay de mí!

Ayo.—No conuerda esa conducta con las gratas noticias.

Med.—¡Ay, una vez más, ay!

Ayo.—¿Qué? ¿Habré dado mala noticia, pensando que era buena, y sin saberlo?

Med.—Tu noticia es noticia; no te reprendo.

Ayo.—¿Y bajas los ojos y te sueltas en lágrimas?

198

Med.—Mucho hay que llorar, anciano: eso los dioses y yo en mi locura hemos tramado.

Ayo.—¡Ten confianza... alguna vez tus hijos te han de hacer regresar a esta tierra...!

Med.—Otros antes haré que entren a tierra, yo la infeliz.

Ayo.—No eres la única tú que de los hijos privada queda. Toca al mortal llevar con buen ánimo las vueltas de la suerte.

Med.—Eso haré yo. Pero ahora entra y atiende a los niños cual sueles cada día.

¡Hijos, ah, hijos míos: ya tenéis patria, ya tenéis morada. Allí, sin mí, dejada a mi infortunio, viviréis siempre ya. Pero, sin madre. Y yo para otra tierra he de huir, antes de ver que pasáis vida feliz, antes de ver que tomáis el lecho nupcial, antes de haberlo preparado yo misma, llevando en mis manos las lámparas felices de himeneo! ¡Ah, desdichada, hasta dónde llegó mi terco orgullo! ¡Para eso os crié, para eso pasé penas y para eso me desgarraron los dolores al daros la vida! ¡Pobre infeliz: pensaba en vosotros tener mi esperanza: para mi vejez seríais amparo; para mi muerte, manos pías

que dieran sepultura! ¡Lo que más ambicionan los mortales! ¡Dulce ilusión perdida! De vosotros lejana, arrastraré una vida plena de dolor y desolación. No para vosotros ha de haber ya madre en quien clavéis los ojos... ¡cuán diferente va a ser vuestra vida!

¡Ay, ay, ¿por qué en mí estáis fijando la mirada? ¡Hijos, por qué reís con esa risa, para mí más dura que la muerte?

¿Qué hago, mujeres, qué hago? Mi corazón desfallece cuando me encuentro con la luminosa mirada de mis hijos... ¡No puedo más! ¡Adiós proyectos de antes... voy a llevarme fuera de este país a mis hijos...! ¿Por qué ha de ser que, para herir a su padre con el infortunio de estos niños, haya yo de sufrir dos veces la misma amargura? ¡Eso no; yo no! ¡Adiós, planes antiguos!

Mas, ¿qué me pasa? Voy a ser irrisión de mis enemigos y ellos van a quedar sin castigo? ¡Hay que tener osadía! ¡Flaca y débil así rindo mi alma a muelles pensamientos!

Hijos, entrad a casa. Ese que no debe presenciar mi sacrificio, que vea el futuro. No flaqueará mi mano.

¡Ah, ah... corazón mío, no tú! ¡No llegues a consumir tal crimen! Deja que vivan, desdichada; sé indulgente a tus hijos... ¡Vivan lejos de tí; aún así serán tu dicha!

199

¡Nunca, por los dioses que en el Hades imperan, esos que ejercen la venganza implacable, nunca de mí se diga que yo dejé a mis hijos a las burlas y desdenes de mis enemigos! ¡Mueran, fuerza es que mueran y es urgente que yo que les dí la vida, les dé también la muerte. Todo me empuja a eso: retroceder no puedo! Inevitable es.

Ella, la novia, ya con la diadema en su cabeza y su galano manto, va a perecer: bien lo sé yo. También yo marchó. También les dejaré una funesta dádiva al partir al negro infortunio. Les diré adiós.

Vengan acá mis hijos.

Salen los niños:

—Dad vuestra diestra, niños. Quiero estrecharla y vuestra madre.

¡Amadísima mano, amadísima boca, linda figura y porte de mis hijos! Felices sed, pero allá abajo... aquí vuestro padre ha arreba-

tado la dicha de que gozar pudisteis... ¡Dulce abrazo, delicada piel, suavísimo aliento de mis hijos! ¡Entrad, entrad! No puedo veros ya: me abate el dolor. Bien lo sé, lo estoy palpando: será un horrendo crimen el que yo intento... pero mi furor se sobrepone a mi juicio. ¡Ah, es la ira la fuente de los mayores males para el hombre!

**Medea queda en silencio viendo hacia la puerta en espera de noticias.**

**Coro. Est. 1.**—Medité muchas veces en hondos pensamientos y en temas más altos que parece competir a mi sexo femenino. Pero también tenemos las mujeres una Musa que trata con nosotras en saber profundo —no todas, cierto es, una entre mil acaso— y también la creación de la poesía no es remota a nosotras.

**Ant. 1.**—Y digo que el mortal que nunca supo lo que es engendrar hijos es mil veces más feliz que el que produjo prole. Como hijos no tiene, ignora si son ellos dicha a sus padres, o dolor, y falto de ellos, también de muchos males vive libre.

**Est. 2.**—Pero quien vio en su casa la gallarda floración de hijos veo a qué congoja vive atado mientras su vida dura. Primero, cómo criarlos, luego cómo dejarles sustento para su vida y al fin incierto, que presagiar no puede, si serán buenos, si serán perversos.

200

**Ant. 2.**—Y ahora el mal postrero, el que menos soportan los mortales, voy a recordar. Obtuvo para el sustento gran fortuna, a plena juventud los hijos llegan, su alma es discreta, su corazón recto... pero el destino fiero los lanza al Hades; la Muerte los arrebató volando con sus cuerpos.

¿Al mortal qué aprovecha tener grata progenie, si a los dioses plugo infligir este nuevo tormento que a los otros supremamente excede?

**Med.**—Amigas ha tiempo que la suerte va rodando y tengo avidez de saber qué pasó allá en el palacio. Pero ya veo venir a un criado de Jasón. Viene acezante, ¿qué nueva desdicha nos reporta?

**Mensajero.**—¡Medea la que perpetra este hecho infando que toda ley rompe, huye, huye... como lo puedas, ya en marino carro, ya en terrestre conducto!

**Med.**—¿Huir? ¿Por qué? ¿Qué suerte me lo impone?

**Mens.**—¡Muerto es el rey y muerta la princesa hace un instante... y es su mente obra de tus venenos!

**Med.**—¡Linda palabra dices: de hoy más serás para mí uno de mis bienhechores, uno de mis amigos!

**Mens.**—¿Qué dijiste, mujer? ¿Estás en juicio, o la locura te domina? El regio hogar profanas, y ahora te gozas de esta nueva, cuando debieras estremecerte.

**Med.**—También para eso que tú dices respuesta tengo. Pero no te exaltes. Dime, amigo, ¿y cómo fue su muerte? Dos veces con ello me acrecerás la dicha, si es que murieron ellos con el mayor tormento.

**Mens.**—Llegan los niños, tu doble progenie, con su padre y entran a la regia mansión. Al mismo tálamo son introducidos. Nos sentimos felices los que tus males deplorábamos. Todos captan la noticia de que al fin tu esposo y tú han hecho las paces. Pasó el disturbio.

Uno la mano besa, otro, la rubia cabellera de tus niños. Yo por mi parte jubiloso los sigo hasta la misma cámara nupcial. La princesa, que hoy en tu lugar veneramos, antes de haber visto a los niños, tenía la mirada tierna fija en Jasón. Cuando ellos entran, cubre su rostro, y vuelva la cabeza, con disgusto de que ellos hayan llegado. El esposo hacía esfuerzos para apaciguarla y hacer que se esfumara su enojo. “¿Vas —le decía— a ser hostil a los que me aman? Aquieta tus enojos. Vuelve tu rostro acá. Llama amigos a aquellos que lo son de tu esposo. Recibe esos dones y convence a tu padre a que si me ama, no destierre a estos niños”.

201

Vio ella el manto y ya no se opuso. Todo lo otorga al novio. Y antes de que salieran ellos del palacio, tomó el manto para ponérselo. Luego ornó su cabeza con la diadema de oro, frente a un espejo, enamorada de su propia belleza. Se levanta del sillón, se echa a andar por la casa, e iba lentamente mirando su hermosura y admirando sus atavíos.

Pero, de repente... ¡qué terrible vista se ofrece a nuestros ojos! Muda de color, retrocede vacilante, toda ella temblorosa y busca con ansia un asiento en qué dejarse caer para no rodar por tierra.

Una anciana esclava piensa que es una acometida del espíritu de Pan, o de alguno de los dioses, y alza su grito ella lamentando y rogando. No, ya la hija del rey echaba blanca espuma por la boca. Inyectados sus ojos, se revolvían inciertos, la sangre huía de su cuerpo y ella atronaba el aire con clamores.

Corren todas las criadas. Unas, a casa de su padre; otras, a la de su reciente esposo. Todas llevan la triste novedad de su acciden-

te misterioso y se oyen en todo el palacio pasos de carrera y voces de terror.

Ya hubiera el que corre en la pista alcanzado los seis pletros en el estadio y llegado a la meta... ella gemía con apretados ojos y ya casi sin vida.

Doble era el mal que la torturaba. De la diadema de oro que ceñía sus sienes, brotaban llamas, y el velo diáfano que los niños le ofrecieron, iba devorando las carnes nevadas de su cuerpo.

Se levantó presurosa de su silla, corrió toda hecha llamas, y agitando a un lado y otro su cabellera para que la corona cayera a tierra. No, no caía. Estaba como soldada a la cabeza. Al fin se derrumbó ella misma sobre la tierra, dominada por su infortunio. Nadie conocerla pudiera, si no es acaso el ojo de su padre. Ya los ojos habían perdido su forma; deformado totalmente estaba su semblante. De lo alto de su cabeza escurría su sangre, mezclándose a las llamas, y de sus huesos, émulo de las teas de pino, se iba desprendiendo, trozo tras trozo, sus calcinadas carnes. El veneno obraba y mirarlo era espantoso. Y ante esa vista horripilante todos rehuimos tocarla, pues su destino era la mejor lección para nosotros.

Entró su padre de repente, desconocedor de su desgracia. Y se arrojó al momento sobre su amada muerta. Daba grandes lamentos, clamaba y entre lágrimas decía: ¡Hija, hija infeliz!... ¡Quién de los malos númenes ha osado tal destino decretar para tí? ¡Dejas a un padre abandonado y marchas a la tumba! ¡Muera, muera contigo, amada hija...!

Su lamento cesó. Incorporarse quiso. No pudo ya desprender su anciano cuerpo. Como la hiedra que al laurel se aferra, prendido estaba al velo diáfano. Cuanto más esfuerzos hacía por levantarse, tanto mayor era la fuerza con que se sentía atado a la vestidura de su hija. Y, al ímpetu con que trataba de erguirse, iban cayendo a pedazos sus carnes dejando desnudos los huesos. Se rindió a su suerte y él sin ventura exhaló el alma; ¡no pudo superar su infortunio!

Yacen allí difuntos, lado a lado, la hija y el viejo padre... ¡triste desventura que pide a gritos lágrimas!

No a mí toca decirte qué has de hacer para quedar sin pena. El castigo ha de venir a su vez sobre tí.

¡Ah, cuántas veces he reflexionado y a decirlo me atrevo: Sombra es la vida humana, y los que creen ser sabios, los que indagan hondas cuestiones son los que más duras heridas del destino reci-

ben! ¡No hay entre los mortales hombre feliz ninguno: puede ser que acumule riquezas en torno suyo y a los otros supere... Pero, ¿está allí la dicha?

Se ausenta el Mensajero.

Corif.—Quiso el destino hoy —¡así parece!— echar sobre Jasón males sin cuento, merecidos acaso. ¡Hija de Creón infeliz: cuánto tu desgracia deploro: ya llegas a las puertas del Hades por aceptar el enlace con Jasón!

Med.—Resuelto, amigas, tengo ya el asunto. Y lo voy a poner en obra apresuradamente. Mato a mis hijos y de esta tierra huyo. No a otras manos más hostiles dejo la obra. Yo les dí vida; yo tendré que matarlos.

¡Ah, desdichado corazón: esfuerzo... ¿a qué temblar antes estos horrendos hechos, si necesarios son? ¡Mano infeliz, empuña, empuña ya la espada, deslízate cual sierpe hacia la dolorosa red que tu vida detiene! Deja la cobardía, no razones que tus hijos son tan amados y de tí recibieron la vida. Por un día breve olvida que son tuyos, y cuando los hayas matado, llorarlos puedes... ¡Amados fueron siempre: yo siempre fui infeliz!

Se lanza al interior de la casa.

Coro. Est.—¡Tierra, diosa Tierra; rayos de Helios esplendentes: ved a esta mísera mujer antes que su mano se enrojezca con la sangre de sus propios hijos, esos que ella misma dio a luz!

De tu áurea raza, oh Sol, son ellos brote... horrendo fuera que la divina sangre cayera por tierra a manos de un mortal.

¡Luz, nacida de Zeus, deténla, refrena su furor, arrójala de esta casa, a ella, la desdichada, la sanguinaria Erina que el espíritu del mal viene azuzando!

Ant.—¡Ah, fue vana la amarga tarea de tu doliente parto; vanos tus esmeros maternales con que fuiste la raíz de esta progenie, tú que dejaste lejos las rocas escarpadas de azules tintes en las Simplégadas! ¡Desdichada de tí...! ¿De qué locura de ira fuiste dominada? ¿Cómo pudo el odio sustituir al amor dentro de tu alma? Cuando el mortal su propia sangre vierte, al matar a un pariente, abrumadora infamia sobre él pesa. Y contra ellos que sus propios consanguíneos matan se alza un turbión de desgracias a la medida de sus crímenes. De los dioses tan dura sanción viene.

**Se quejan dentro los niños.**

Niños.—¡Ay, ay...!

Coro. Est.—¿Oyes la voz, oyes a los niños? ¡Ah, mujer sin ventura, ah, desdichada!

Primer niño.—(dentro): ¡Ay, ¿qué haré yo? ¿Dónde huir de las manos de mi madre?

Segundo niño.—¡Oh, amadísimo hermano, no lo sé!... ¡Vamos a morir!

Corif.—¿Entramos a la casa? ¿Evitamos el crimen? ¿Salvamos a los niños?

Niño primero.—¡Sí, por los dioses... venid a salvarnos... ¡es el momento!

Niño segundo.—¡Ya el filo está sobre nosotros, la daga nos amenaza!

Corif. Ant.—¡Ah miserable...! ¿Roca o hierro eres para quitar la vida con tus mismas manos a aquellos hijos a quienes tú la diste?

Una mujer hubo antaño —¡fue una sola!— que dicen ella misma mató a sus hijos.

Primer coreuta.—Ino, bajo locura con que los dioses la hirieron, lo hizo al ser expulsada del sacro recinto, por el celo de la esposa de Zeus!

Corif.—Y fue a precipitarse en el mar por el asesinato de sus hijos y murió al morir ellos en el mismo infortunio.

Segundo coreuta.—De la orilla se arroja y con ella a los dos al mar entrega.

Corif.—¿Hay algo más tremendo de escucharse? ¡Ah, bodas, bodas, oh femíneo lecho... qué cúmulo de males habéis acarreado a los mortales!

**Entra Jasón precipitadamente.**

Jas.—¡Ea, mujeres! Las que estáis cercanas a la puerta de esta casa. ¿Está dentro esa Medea, la que horrendo crimen ha cometido? ¿Se puso acaso en fuga? ¡Así puede esconderse bajo tierra,

o en vuelo alzarse a la región del más remoto éter, ha de pagar a fuerza el delito que cometió contra la casa real! ¿Irá a escapar impune, tras haber matado a los soberanos de esta tierra? Pero yo no vengo a eso: vengo a buscar a mis hijos: a ella que la busquen y castiguen los ofendidos. No vaya a ser que quieran en los míos vengar el crimen de la madre.

Corif.—¡Ay, infeliz, no sabes a qué abismo de infortunios has venido! Jasón, si lo supieras no proferirías tales palabras!

Jas.—¿Qué hay, pues? ¿Intenta acaso a mí también matarme?

Corif.—¡Muertos tus hijos son a manos de su madre!

Jas.—¡Ah!... ¿Qué dices? ¡Oh mujer, me matas!

Corif.—Acaba de entenderlo: tus hijos ya no existen.

Jas.—¿En dónde los mató? ¿Adentro? ¿Afuera?

Corif.—Abre esas puertas: verás el asesinato de tus hijos.

**Jasón se abalanza a las puertas y dice a gritos:**

Jas.—¡Pronto, esos cerrojos, oh criados, quebrantad las chapas, quebrad las puertas...! ¡Dos males veré a un tiempo: muertos mis hijos y a la culpable para ajusticiarla!

Como nadie responde, trata de forzar la puerta. Se abre ésta de repente y aparece Medea en una carroza de que tiran dragones alados. En el fondo se ven los cadáveres de los niños.

Med.—¿A qué ese estrépito? ¿Por qué golpeas las puertas? ¿Buscas los cuerpos de tus hijos!... ¡Allí los tienes! ¡A mí me buscas!... ¡Déjalo! ¿Quieres algo? Decláralo. Pero tu mano no tocarme podrá. Ni ahora, ni nunca. Helios, el padre de mi padre, me dio este carro en que a salvo estoy de mis enemigos.

Jas.—¡Odio del mundo, mujer infame: te odian los dioses, te aborrezco yo, te execra el mundo entero! ¿No tembló tu mano al hundir el puñal en el corazón mismo de tus hijos? ¡Tú les diste la vida y tú también a mí mataste, al matarlos a ellos! ¡Y aún estás viva, y aún al sol y a la tierra miras...! ¡Muere, maldita, muere! Hasta hoy quedo en mi juicio: loco fui un día cuando de tu casa de pueblo salvaje te traje a la Hélade! ¡Malvada, traicionas a tu pa-